

Juan Carlos Márquez

# Llenad la Tierra



«Creced y multiplicaos, llenad la Tierra», dice el Génesis. Y parece que lo hemos conseguido. Este libro de Juan Carlos Márquez, *Llenad la Tierra*, es un viaje a los andenes siniestros y luminosos de la familia como escuela de afectos, deformaciones, alegrías y oscuridades. Un zombi sólo quiere lo mejor para sus hijos, un padre convierte su piso en un búnker para evitar peligros a su bebé, un sicario melancólico fantasea con la que pudo ser su familia mientras le descerraja varios tiros a un matrimonio... Éstos y otros muchos personajes desfilan por estos veintitrés relatos de uno de los mejores autores del género en España. Con sus dosis de humor, horror y misterio, Márquez prueba que somos lo que somos y lo que nuestras familias han enterrado en nosotros.

**Colección Reloj de arena; 46**  
ISBN: 978-84-96675-54-4  
168 páginas | 14 x 21 cm  
**PVP: 14,50 euros**



**JUAN CARLOS MÁRQUEZ** (Bilbao, 1967) es autor de los libros *Oficios* y *Norteamérica profunda*, ambos finalistas del premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España en 2008 y 2009, respectivamente. Sus obras han sido seleccionadas en los recopilatorios *Parábola de los talentos* (2007), *Siglo XXI* (Menoscuarto, 2010), *La banda de los corazones sucios* (2010) y *Pequeñas resistencias 5* (2010). Asimismo, ha participado en el volumen colectivo *Chejov comentado* (2010). Márquez está reconocido como una de las voces más personales del relato hispano actual, y así lo certifican los premios Juan Rulfo al escritor novel (2003), Tiflos (2008) y José Nogales (2010), entre otros, además de quedar finalista del I Premio Internacional de Narrativa Breve 'Ribera de Duero' (2009).

## EL CORAZÓN DE MI PADRE

Juan Carlos Márquez

*Para Lauro Anaya, Juan Villa y Marcos Gualda*

Ese día mi padre apareció en el umbral de nuestra casa con el corazón en un puño.

—Se me ha caído ahora mismo, hijos, pero aún late. Llamad aprisa a vuestra madre.

Ismael salió corriendo a avisar a mamá, que en ese momento estaba tendiendo la ropa con una pinza en una mano y otra entre los labios. Yo tomé la mano libre de papá entre las mías, como solemos hacer las mujeres, hasta que llegó mamá. Traía consigo un cubo y una fregona.

—Dios santo, pero qué te ha pasado.

—Ha sido en el ascensor, me he agachado un momento para anudarme los cordones y lo he visto caer, como un pájaro muerto.

Mamá me dio el cubo y la fregona para que limpiara aquella sangría, un reguero que llegaba hasta la puerta del ascensor y caía, en un goteo acompasado, sobre el parqué y los zapatos de papá. Ismael, como si tuviera un ventanillo ante sí, se alzó de puntillas para mirar por el hueco que el corazón había dejado en mi padre. Echó una ojeada y luego, con un tirón seco, me arrancó de las manos la fregona.

—¿Puedo?

—No.

—Una vez, mamá, sólo una vez.

—He dicho que no, hijo, ni se te ocurra atravesar con la fregona el pecho de tu padre.

El corazón seguía aún rumiando los últimos restos de sangre, aunque eso a mi padre no parecía sobrecogerle. No diré que permanecía sonriente, pero sí con cierta serenidad, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Tengo que asearme.

—Te acompaño, pero antes dale *eso* a la niña.

Quemaba como un trozo de carne recién asada. Lo metí en un tarro de cristal y, no sé por qué, se me ocurrió cubrirlo con agua del grifo y colocarlo en la sala de estar, sobre el televisor. Ismael se lo quedó mirando muy de cerca un buen rato.

—Se ha movido.

—No digas idioteces.

—Te juro que se ha movido.

—Anda ya.

Mis padres tardaron algún tiempo en reunirse con nosotros. Aparecieron al final del pasillo agarrados de la mano, como dos novios, y nos invitaron a tomar asiento en el sofá, igual que solían hacer con las visitas. Mi padre llevaba puesta una camisa limpia y una corbata y estaba recién afeitado.

—Vuestro padre tiene algo que deciros, anunció mamá.

Papá se quedó un momento pensativo, con la vista fija en el tarro de aguas sanguinolentas que contenía su corazón. La voz le salió rasposa, entrecortada, de una hondura abisal:

—Hijos, a partir de hoy ya no podré quererlos más, pero os seguiré tratando bien.

—No te preocupes, papá —dije lo más deprisa que pude en nombre de los dos—. Ya nos has querido bastante. —Y luego apoyé la cabeza sobre el mullido de gasas y vendas con que mamá había rellenado el vacío de su corazón.

## II

Por la mañana, muy temprano, Ismael vino a mi cama dando voces.

—Corre. Tienes que ver esto.

El corazón de papá había crecido considerablemente y el frasco de cristal donde lo metimos la víspera apenas podía contener su musculatura de aurículas, ventrículos y válvulas. Parecía un alienígena con la cara aplastada

contra una ventana. Mi madre, armada con un martillo, le hablaba muy despacio, como interrogándole.

—¿Quién eres? ¿Quién te crees que eres?

Desde el sofá, papá la alentaba entre sorbo y sorbo a un café con leche.

—Dale, dale sin miedo.

—¿Y por qué no le das tú? Al fin y al cabo es tu corazón, no el mío.

—Yo no puedo. Eso sería ir contra natura.

—Pues yo tampoco.

Al final, fue Ismael quien dio el martillazo, pero lo hizo sólo para romper el frasco y poder sacar de allí el corazón. Mamá llenó una olla exprés con agua y metió las manos en un par de guantes de plástico antes de depositarlo en el fondo.

—Esto es provisional —susurró—. Pienso comprarte una pecera.

### III

No esperábamos a papá, así que nos hizo mucha ilusión que viniera a recogernos al colegio en nuestro coche. Ismael le dio a través de la ventanilla el dibujo del zombi con el corazón desgarrado y la nota de su señorita. Papá la leyó. Después la hizo confeti.

—Le dices que te ha dicho tu padre que se meta en sus asuntos y que no nos da la gana de ir a ver a ningún psicólogo. Subid.

Arrancó muy deprisa. A punto estuvo de llevarse por delante a una vieja que estaba cruzando por donde no debía.

—¡Es usted un desalmado!

—No exactamente —dijo mi padre, y presionó el claxon para evitar oír las quejas cada vez más airadas de la mujer.

Hacía una tarde preciosa, conque fuimos al parque. Papá insistió para que nos tomáramos un refresco o un helado sobre la hierba.

—Os tomáis un helado ahora mismo u os castigo un mes sin televisión.

Ésa fue la primera de la serie de *amenazas* que siguieron los días sucesivos para que tomáramos sin rechistar o aceptáramos todo cuanto nos ofrecía:

“Me da igual que tengáis bici, coged una cada uno de las más caras de la tienda y punto. Si no te caben ya más coches en el scalextric, te aguantas. Una Barbie siempre necesita más pares de zapatos, eso es vox pópuli. Si yo decido

unilateralmente subiros la paga, tenéis que aceptarlo. Para algo soy el cabeza de familia Así están las cosas y no hay más que hablar”.

A Ismael y a mí nos hacía gracia la nueva situación, pero no terminábamos de digerirla del todo. Habíamos sido educados con mucho cariño y no pocos caprichos, pero no estábamos acostumbrados a tenerlo todo, incluso aquello que no deseábamos. Sin embargo, no podíamos oponernos a los deseos de mi padre, pues, aun en ausencia de su corazón, bajo aquella marea de obsequios materiales latía un sentimiento asimilable al amor.

#### IV

—¿Y eso?

Eso, el objeto de la pregunta de mi padre, era un acuario, un bloque de océano plantado sobre la mesa de nuestro salón. En aquel ecosistema de pececillos de colores y líquenes, el corazón de mi padre parecía un pulpo con los tentáculos arrancados de raíz o un atolón volcánico de sístoles y diástoles.

—No cabía en ninguna pecera.

#### V

El dormitorio de mis padres era a menudo un enclave selvático al otro lado del tabique, un cofre nocturno de ruidos. Ismael se rindió pronto al sueño dejando tras de sí un rastro de babas sobre la almohada, pero yo me desvelé y los oí hablar entre dientes.

—Son dos palabras. Qué te cuesta decírmelas.

—Que no. Eso sería peor que engañarte. Yo si quieres te echo otro, pero eso no te lo voy a decir.

—No. Con uno basta. Lo que yo quiero es sentirme querida.

—¿Y no te vale con que te abrace y te rasque la espalda?

—No, quiero que me las digas. Son dos palabras. ¿Tanto te cuesta decírmelas?

—No es que me cueste, es que no puedo. No me salen.

Papá y mamá se quedaron pronto en silencio, dormidos quizá, pero la casa no se quedó callada. Por encima del ruido de fondo de la noche, de ese murmullo del paso del tiempo, se hicieron notar otros sonidos, uno acuático y

fugaz, y luego una intensa, rítmica y constante percusión. Me levanté y vi a mi madre sentada en el sofá. Había arrimado a su pecho el corazón de mi padre, grande como una nutria, y lo mantenía abrazado en esa postura, latiendo contra el suyo y chorreándole de agua salada el camisón.

## VI

—No insistas, papá. No necesito un ciclomotor. Ni siquiera tengo edad para conducirlo.

Mi padre terminó de extender una concha de mermelada de albaricoque sobre la margarina de su panecillo. Acto seguido me miró con la misma expresión concienzuda y volátil, como de astrónomo, con que poco antes había mirado a aquellos sólidos ungibles.

—Algún día me lo agradecerás, hija. A los padres siempre se nos llena la boca con todo lo que nos sacrificamos por los hijos y bla, bla, bla, pero somos muy pocos los que en realidad lo hacemos. Yo te ofrezco un ciclomotor en sacrificio. No puedes rechazarlo.

—Haz el favor de no presionar más a la niña —intervino mi madre.

—No la estoy presionando, sólo quiero mostrarle, mostrarles a los dos, el camino. En la vida, lo malo llega por añadidura, porque sí, no podemos elegirlo, es una contingencia. Ya que no podemos elegir lo malo, si aspiramos a vivir una vida equilibrada, tampoco debíamos elegir lo bueno. La cosa es así: no importa que quieras o no ese ciclomotor, hija, eso es irrelevante. Lo esencial es que lo quieras o no, vas a tenerlo. Vas a tenerlo por tu bien.

Ismael, que hasta ese momento había permanecido absorto en su archipiélago de cereales, no pudo contenerse tras oír la perorata de papá:

—Entonces ¿qué hay de mi avión?

—¿Lo deseas de veras, hijo?

—Sí.

—Pues no cuentes con él.

## VII

El estruendo nos cogió en la cocina, dándole los últimos mordiscos a una *pizza* hawaiana. Fue un estrépito con su camarilla de reverberaciones, como la pisada de un gran mamífero, al que acompañaron un retortijón de

vidrios rotos y un siseo húmedo. El espectáculo que nos encontramos en el salón nos dejó boquiabiertos, con los bolos de *pişşu* a la vista. El acuario se había quebrado en una infinidad de astillas. Los peces boqueaban sobre un lecho insuficiente de agua que seguía su curso pausado hacia el resto de las habitaciones. El corazón de mi padre, que sobresalía de la mesa, bombeaba el vacío con una ferocidad sauria y en su epicardio se adivinaba la rutilancia de algunas escamas.

—Esto se tiene que acabar ahora mismo —dijo mi padre internándose en la cocina. Segundos después regresó blandiendo un machete en su mano derecha. Mamá se arrojó sobre el corazón para protegerlo. Decenas de cristalillos quedaron clavados como fauces en las suelas de sus zapatillas.

—No dejaré que lo hagas —dijo tras asegurarse de que la totalidad del corazón quedaba eclipsada por su cuerpo.

—Apártate, mujer.

—No.

—Que te quites.

—Que no.

Para cuando papá dejó caer el machete al suelo, la mayoría de los peces habían dejado de boquear. A mi padre empezaron a temblarle las manos.

—De acuerdo —dijo—, si tanto te desagrada, no lo haré; pero mañana temprano sin falta nos desharemos de él.

Mamá se puso en pie y recorrió la distancia que le separaba de mi padre. Los cristales clavados en sus zapatillas producían chillidos sobre el parque mojado.

—Es tu corazón, imbécil, míralo —dijo a papá con un velo de humedad en los ojos—, ¿es que no te duele separarte de él?

—No.

Entre los dos, uno de cada ventrículo, llevaron el corazón hasta la bañera y lo cubrieron con agua tibia. Ismael y yo nos quedamos recogiendo los peces, echándolos dentro de un cubo con agua por si alguno revivía. Mi hermano distrajo un pez payaso y se lo metió con disimulo en un bolsillo, pero no le dije nada. Supuse que quería hacerle la disección.

## VIII

Papá dejó el coche en el aparcamiento de la playa y entre mamá y él sacaron el corazón del maletero y lo llevaron a hombros hasta el mirador del rompeolas. Ismael y yo caminamos tras ellos con lentitud, con la pereza de las sombras. A esas horas el sol apenas era un proyecto de luminiscencia y sólo se oían el rumor de las olas, la sirena de algún pesquero y los latidos sin sangre del corazón de mi padre.

—Hijos, es la hora de la despedida —dijo mamá.

Ismael posó los labios sobre el corazón con la levedad de un insecto. Yo hice lo propio. Estaba caliente, aunque no tanto como la primera vez que lo toqué. Tenía el tacto húmedo y viscoso de la gelatina.

—Es suficiente —dijo mi padre—. Acabemos de una vez.

Papá y mamá pusieron el corazón sobre la baranda y a la cuenta de tres lo arrojaron al mar. El órgano fue tragado por las aguas y, tras unos momentos de incertidumbre, emergió a la superficie con la flotabilidad de una boya. Se fue alejando poco a poco a la deriva de las olas, adentrándose en el mar bajo el vuelo de las gaviotas, poniendo rumbo hacia el nacimiento del sol. Durante un rato seguimos en silencio la visibilidad sutil de sus pálpitos. Nos enredamos quizás en esos pensamientos que no se dicen. En si llegaría a absorber el océano como una esponja, acabaría convertido en tierra firme o si partiría hacia ese lugar remoto en que los corazones nunca vuelven a ser lo que fueron.

—Tenemos que irnos —dijo papá al fin.

Mamá tomó una mano de mi padre entre las suyas y se lo quedó mirando con cierta ternura.

—Si no te importa, cariño, preferiría quedarme un rato a solas. Llévate a los niños a dar una vuelta.

Mi padre asintió. Nos ofreció las manos para que se las cogiéramos.

—Estoy pensando en compraros una cortacésped —anunció.

Habíamos dado apenas unos cuantos pasos cuando oímos un ruido fuerte, el chocar de algo contra el agua. Los tres nos volvimos por inercia.